

FEDERICO GOMEZ DE OROZCO

Nació en Tlalpan, D. F., el 10 de marzo de 1891, murió en Tizapán, Villa Obregón, D. F., en 1962.

Historiador, catedrático. Descendía según él decía de Cortés y la Malinche. Logró formar extraordinaria biblioteca y colección de manuscritos que le permitieron poseer vastos conocimientos, lo que adicionaba con fértil imaginación. Dominó aspectos poco trabajados de nuestra historia que enriquecía con su gran conocimiento de las fuentes.

Publicó: *Miscelánea Histórica; Catálogo de Manuscritos de la Colección de García Icazbalceta; Relaciones Geográficas de México; Crónicas de Michoacán* (1940); *Mapa de Xochitpec; interpretación* (1952); Prologó la edición de la *Relación breve de la conquista de la Nueva España de Francisco de Aguilar* (1954); y la *Crónica de Fr. Juan de Grijalva; Planos de la Ciudad de México* en colaboración con Manuel Toussaint y Justino Fernández (1938); *Decoración de manuscritos mexicanos primitivos* (1939); *Documentos acerca de la estatua de Carlos IV* (1940); *Primeras comunicaciones entre México y Perú* (1941); *Exvoto de Hernán Cortés* (1942); *Las pinturas de Afonso de Villasana en los Remedios* (1946); *Códices Techialoyan* (1948); y otros más en los *Anales del Museo, Revista de la Universidad*, y otras publicaciones que recogió José Miguel Quintana en la "Bibliografía de Federico Gómez de Orozco (1891-1962)" en *BBSHCP*, Suplemento No. 264, 10 de febrero 1963, p. 1-6.

Se han referido a él Horacio Espinosa Altamirano "Una hora con don Federico Gómez de Orozco" *BBSHCP*, No. 133, 15 mayo 1958, p. 3; Manuel Carrera Stampa "El bibliófilo Federico Gómez de Orozco" *BBSHCP*, No. 284, 10 de diciembre 1963, p. 7, y Wigberto Jiménez Moreno, "Recordación póstuma de Don Federico Gómez de Orozco" en *MAMH*, T. XXI, No. 3 Jul-sept. 1962, p. 209-211.

Fuente: Federico Gómez Orozco, "Coyoacán", en *El Turista Mexicano*, México, Vol. I. Nos. 4-5. Nov. 1932, p. 23-27.

COYOACAN

De las poblaciones que rodean a la ciudad de México ninguna, sin duda, tiene un pasado histórico tan importante como la de Coyoacán. Situada a diez kilómetros al sur de la capital, y unida a ésta por varias carreteras y una red de tranvías eléctricos, Coyoacán ofrece al turista el aspecto agradable

de una población campestre de casas con bellos jardines, extensas arboledas y pintorescas callejuelas torcidas, entre tapias y viejas casonas, sobre las que parece flotar un cierto aire de melancolía.

De su historia hacen mención todas las viejas crónicas, así las indígenas como las posteriores, y cuentan que tuvo su origen en los remotos días en que los toltecas poblaron el valle, y siglos antes de que los mexicanos fundasen la célebre Tenochtitlan.

Empobrecida y casi deshabitada fue encontrada por los chichimecas en tiempo de su rey Xolotl, y no recobró su anterior importancia hasta que los tepanecas la convirtieron en lugar de su residencia, al asentarse definitivamente en el valle.

Dominada por esta gente padeció la población las tiranías sucesivas de los soberanos Tezozómoc y Maxtla, su hijo, a quien la había dado en feudo, y sólo a la muerte de este último pudo recobrar Coyoacán su independencia, aunque por poco tiempo. Gobernada por un señor natural se mantuvo con altivez, pero su proximidad a México le fue perjudicial en grado sumo. Compelida por el soberano Izcoatl para que reconociera vasallaje a la monarquía mexicana se vio envuelta en una guerra sangrienta, en la que fue saqueada e incendiada la población, que sucumbió al fin, perdiendo su libertad y obligando a emigrar a la mayor parte de los pobladores a Tlachco (hoy Tasco el viejo) en las montañas del sur del país.

Ligada de este modo al imperio mexicano, compartió con él todas sus vicisitudes, entre las que hay una digna de referirse. Deseando, el monarca mexicano Ahuizotl, dotar a México de mayor caudal de agua potable, ordenó al señor de Coyoacán hiciese conducirla de un manantial cercano a esa ciudad, llamado Acuecuexco; negóse el señor, advirtiendo que era peligrosa la medida por ser mucho el volumen del agua; encolerizóse el monarca y tras de varias órdenes y evasivas, en las que desempeñaron importante lugar las malas artes del cacique de Coyoacán, que era hechicero, lo aprehendieron y lo mataron, procediendo a llevar a cabo lo dispuesto por el soberano. La predicción se cumplió al pie de la letra y México sufrió una inundación espantosa, en la que perecieron infinitas personas, y el mismo Ahuizotl hubiera muerto a no escapar tan precipitadamente del aposento donde estaba, en el que se dió un golpe en la cabeza del que falleció poco después.

A la llegada de los conquistadores españoles, Coyoacán era

una preciosa población, según refieren los que la conocieron.

Asentada al borde del lago contaba con más de seis mil casas, muchas de ellas de terrado, un precioso palacio de sus caciques, rodeado de jardines, por todas partes arboledas, entre las que emergían aquí y allá vistosos teocallis, fuertes, torreados, limpios y enjalbegados de nítida cal, resplandeciente al sol. En el centro una extensa plaza, en donde de continuo se hacía el tianguis o mercado, y en períodos regulares de tiempo adquiría aspecto de animada feria llena de rumor, movimiento y colorido, donde se veían ricos o toscos atavíos e infinidad de artefactos y artículos mil, que constituían la producción de Coyoacán y sus sujetos, así como lo indispensable al sustento, necesidad y solaz de sus moradores. Todavía hoy es digno de visitarse el mercado que cada viernes tiene lugar en la moderna Coyoacán. Fue hasta los días que precedieron al sitio de México cuando los conquistadores pusieron sus plantas por primera vez en Coyoacán, donde también por dos días pernoctaron, y antes de salir de él trataron de incendiarlo, lo que parece no se verificó porque a Cortés ya le había gustado en demasía el lugar, entonces como hoy tan bello y sugestivo.

Designado para cuartel de la sección militar al mando de Cristóbal de Olid, durante las operaciones de guerra, fue a menudo visitado por el propio Cortés, entonces establecido en el fuerte de Xolotl, sobre la bifurcación de las calzadas de Iztapalapan y Coyoacán.

Pero la verdadera importancia de esta ciudad culminó con la destrucción completa de México-Tenochtitlan. En su recinto estableció Cortés su cuartel general, y en él tuvieron lugar los hechos que por su orden cronológico voy a referir.

Fue el primero la prisión que en las casas del cacique, ocupadas por Cortés, sufrieron los valientes defensores de México, entre quienes se contaba el infortunado emperador Cuauhtémoc y los reyes de Tacuba y Texcoco, sus aliados, a los que más tarde una extraña debilidad, más que codicia del conquistador, condujo a un suplicio bárbaro e inútil al ser martirizados, quemándose pies y manos con aceite hirviendo. Dentro del mismo palacio resonaron con estrépito los cantos y risas de una verdadera bacanal, en que degeneró el banquete con que los vencedores, soldados españoles y capitanes indígenas aliados celebraban, entre fanfarronerías y libaciones, sus triunfos y conquistas.

Poco después don Hernando, señor ya de Nueva España,

sellaba estos festejos corriendo sortijas, celebrando torneos y hasta armando caballeros a sus parciales y más adictos amigos.

Pero no sólo se ocupaba Cortés de festejos y pasatiempos durante su estancia en Coyoacán; atento a sus planes político-militares procedió a diversos asuntos trascendentales, como designar a varios de sus capitanes para efectuar conquistas de Estados pequeños, enviando a Olid a Colima, a Alvarado a Tututepec, a Orozco a Oaxaca, y así a otros, mas antes quiso, para consolidar su poder y atender mejor todo lo relativo a la reedificación de México, constituir un ayuntamiento, que empezó a funcionar desde luego bajo la presidencia de Pedro de Alvarado, siendo el primer Alcalde de la futura ciudad de México el capitán Francisco de Orozco y Tovar.

Por entonces tuvo lugar en Coyoacán una vistosa ceremonia: la recepción de un hermano del rey de Michoacán, quien en calidad de embajador vino a ofrecer a Cortés la sumisión del reino tarasco a la corona española, trayendo consigo mismo muchos y ricos presentes; ante él hizo Cortés que escaramu-teasen las tropas, disparase la artillería, le hizo conducir a ver las ruinas de México y le regaló y trató con toda gentileza. No todo fue venturanza para el Conquistador en Coyoacán, y si poco antes se había congratulado de la llegada de su esposa, doña Catalina Xuárez Marcaida, procedente de Cuba, a quien recibió y agasajó con todo empeño, poco después tuvo que lamentar la muerte violenta de esta señora, la que al parecer falleció casi de pronto. Mucho se ha dicho acerca de esta muerte, y hasta un moderno historiador la describe atribuyéndola al marido, cansado y fastidiado de su matrimonio. Nada ni nadie puede ya esclarecer hechos que están deformados por odios y pasiones, y en verdad, pese al empeño del escritor aludido, sobre Cortés no se puede con certeza arrojar el cargo de uxoricida.

Finalmente, el año de 1561, por cédula real fechada en Madrid, don Felipe II concedió a Coyoacán un escudo de armas que la ennoblecía más aún, elevándola al rango de ciudad.

Muchos datos tendríamos que añadir, referentes a Coyoacán, en ese período en que ocupó el lugar de la Capital de la Nueva España, pero el relato sería interminable, basta decir que la población mereció, siempre y sobre todas las cosas, el cariño del heroico don Hernando Cortés, quien al fallecer en España pedía a herederos, mediante disposición testamentaria, que sus restos mortales reposasen para siempre jamás

en la su muy amada Villa de Coyoacán, donde debería fundarse un colegio y un monasterio de monjes para cuidar perpetuamente de él; por desgracia, quien conquistó tan vasto territorio no ha tenido hasta hoy unos cuantos metros de terreno para que reposen tranquilos sus restos.

Atestiguando su opulencia pasada, Coyoacán tiene aún numerosos edificios antiguos dignos de visitarse. Es el primero su vieja iglesia de San Juan Bautista y el convento adjunto, fundado por los franciscanos y cedido a los dominicos en el siglo XVI. Sólido y magnífico, ofrece particular interés en sus numerosos detalles arquitectónicos y en los preciosos artesones de su claustro. La iglesia, edificada en 1582 por el dominico Fray Ambrosio de Santa María, ha sufrido una completa reconstrucción, no acabada todavía, que le quitó su aspecto arcaico. Muy visitada es también la llamada Casa de Cortés, lugar donde se supone ocurrieron la mayor parte de los hechos consignados antes, incluso el martirio del Emperador Cuauhtémoc. Por desgracia esto no es exacto; la casa en cuestión ni fue del conquistador ni es del siglo de la conquista; su origen no pasa del año de 1750, y la construyó un Gobernador de los Estados y marquesado del Valle de Oaxaca para las oficinas de los mismos, sin que carezca de interés a pesar de todo. Son también dignas de visitarse las ruinas del pórtico del extenso cementerio, de estilo plateresco, y una casa frontera a este pórtico, que la fantasía popular llama Casa de Ordaz, aludiendo al célebre conquistador de este apellido, capitán de las huestes de Cortés.

Nada hay de esto, la casa se edificó en el siglo XVII y fue adornada con preciosos azulejos y embellecida notablemente en 1756, por don Francisco Suescun y Tornería, Corregidor de Coyoacán, quien hizo edificar la casa que llaman de Cortés, a que antes aludí. La residencia, muy deteriorada, ofrece todavía un completo modelo de la casa campestre del siglo XVIII entre quinta y residencia urbana.

Otras casas, de aspecto vulgar en lo exterior, existen en la calle que une la plaza de la población con el barrio de Santa Catarina, pero sus interiores son notables por muchos conceptos. Y ya que hablamos de barrios no está por demás visitar los típicos de San Francisco, del Niño Jesús con su iglesia sobre el pedregal, el citado de Santa Catarina y el de la Concepción, con una capilla pequeña pero interesante, así como la casa antigua que existe en esa plaza, que parece fue del obraje de la Purísima y que también llaman de Cortés.

Otros dos lugares merecen especial atención. La Casa de Alvarado, atribuida al Conquistador de este nombre y en donde su poseedora, la culta y distinguida americanista doña Zelia Nuttall, ha reunido ricas colecciones de muebles y objetos antiguos mexicanos, especialmente arqueológicos; nada tiene que ver, a pesar del nombre, con don Pedro de Alvarado, conquistador de Anáhuac y Guatemala. El jardín de esta residencia, que se puede visitar con permiso de su dueña, es muy hermoso. El otro sitio son los Viveros forestales, arboleda y jardín muy ameno y sugestivo donde con toda facilidad se puede pasar un delicioso día de campo, por ser pública la entrada. Los alrededores de este lugar, como el río y la ermita de San Antonio, son muy pintorescos.

En suma, Coyoacán ofrece al turista la grata sensación de lo antiguo, evocador y atrayente, hermanado con el encanto de sus jardines, sus arboledas y sus lugares, donde la naturaleza pone sus galas para hacer el conjunto poético y deleitable para solaz de quienes, de preferencia, quieren dar placer a sus ojos y descanso al espíritu mediante una excursión por los sitios impregnados de tradición y de poesía.